

prejuicios, la epifanía gloriosa de una mentalidad nueva y fecunda. Y puesto que los gobiernos no parecen oírnos, digámoslo otra vez. Es vergonzoso y criminal que un Juan Ramón Bonilla que ha sabido escribir en mármol el poema de la miseria y del cansancio, esté todavía aquí, dejado de la mano de Dios y de los hombres prácticos, ahogándose en un ambiente que no es propicio a sus ensueños y deseos, en lugar de vivir en un taller escultórico de Roma o de Florencia.

Es criminal y vergonzoso que Lisímaco Chavarría, un dulce cantor de la montaña, ebrio de luz y de armonía como un pastor de Teocrito, haya muerto de dolor y de miseria, sin haber salido nunca a cultivar los dones que le concedió el destino, en medios más cultos y perfectos, sin conocer Europa, a donde no van sino los privilegiados de la suerte, «los príncipes del cheque» o los favoritos de la casa presidencial.

Ideas exóticas, dicen sonriendo nuestros prohombres. Estas cosas no se avienen con nuestro medio. Yo contesto que esta es la distintiva del progreso. Si el progreso hubiera tenido que contemporizar con las creencias generales, no habría adelantado un paso el género humano. Todo adelante, ha dicho un filósofo, significa la negación de un punto de partida. La civilización es una aquí y en todas partes pues que siempre está compuesta de tres elementos indispensables: el amor al bien, el culto a la verdad y la devoción a la belleza.

Que mi criterio no está inspirado en el ambiente patrio sino en la lectura de publicistas europeos? Cierto. No se aprende «desinterés con los fenicios, delicadeza con los escitas e inteligencia con los beocios».

Los cristianos de España figurábanse asistidos en sus luchas contra los moros, por la espada del Apóstol Santiago. Nosotros, los combatientes modestos de la ciencia y del arte, si nos lanzamos a la batalla contra los egoísmos groseros y las soberbias estulticias, es fortalecidos por la noble son-

risa de los pensadores y la consoladora mirada de los poetas. Algunos grandes espíritus hacen más: prestan a nuestro empuje la lanza y el escudo con que lucharon en vida.

Nuestros enemigos suponen que nos ponen en apuros denunciando que a veces vamos al combate armados con esos aceros sagrados.

Pero esto complace más bien nuestro orgullo batallador. ¡Mover en la lucha la clava formidable de Taine o de Carlyle! Qué mayor honor podría soñar nuestra fantasía?

Y ahora que digo soñar, quiero contaros para terminar un lindo sueño que tuve hace poco. Sueño? Sí; sueño debe ser, pues a pesar de su apariencia histórica no estoy seguro de su autenticidad. Por el contrario, lleno como se halla de anacronismos, tiene toda la sutil fragilidad de los cuentos con que nos regala a veces el hada maravillosa que llamamos Noche.

Cuando los atenienses exigieron a Fidias que hiciera de oro y marfil la estatua de Palas, el escultor imaginó el medio de permitir la probable utilización de aquel metal en ciertos casos apurados, sin alterar en lo más mínimo la forma del ícono sagrado. Dispuso ingeniosamente las piezas internas de la estatua, pues sus orgullosos compatriotas habían decidido que fuera sólida, de modo que pudieran sacarse cuando las necesidades de Atenas tuviesen que echar mano de ese último recurso.

El caso previsto por Fidias no se hizo esperar mucho. La ciudad había declarado la guerra no recuerdo si a los rudos lacedemonios, a los mesenios inquietos, a los escitas bárbaros o a los beocios estúpidos. Probablemente a estos últimos. Un muchacho llamado Amintas que frecuentaba el trato de los sabios y los poetas, de quien se contaba que una tarde había sorprendido al mismo Sócrates con preguntas muy sutiles y objeciones muy finas, fué a ofrecer a la Patria los esfuerzos de su brazo y los ímpetus de su corazón. Pero faltaban armas y dinero con qué comprarlas. Las obras